



EJEMPLAR GRATUITO

# Fiestas de San Juan *y Presa de la Olla*



UNIVERSIDAD DE  
GUANAJUATO



HIDALGO.

GUMAJUATO GTO.

*Estimadas y estimados guanajuatenses, reciban, de mi parte, un fraternal saludo.*

*En Guanajuato Capital nuestras tradiciones son nuestro patrimonio y nuestro orgullo, a la vez, compartimos la enorme responsabilidad de preservarlas, compartirlas y transmitir las a las nuevas generaciones, ya que nuestra ciudad, posee riqueza patrimonial tangible e intangible, siendo herederos de múltiples expresiones culturales que distinguen y fortalecen nuestra identidad.*

*En este mes de Junio, las Fiestas de San y Presa de la Olla son un referente de la vida en nuestra ciudad, además de ser un espacio en donde se fomenta la convivencia de los guanajuatenses, que cada año, comparten con sus familias un paseo por la Presa de La Olla y sus jardines Florencio Antillón y de las Acacias.*

*La liberación de agua como símbolo de limpieza del caudal, se convirtió en una celebración de la llegada de las lluvias a nuestra capital y a su vez, se consolida con la tradicional Apertura de la Presa de la Olla, reuniendo a la población, Gobierno Municipal y Estatal para ser partícipes de este maravilloso espectáculo.*

*Estoy muy contento, porque en Guanajuato Capital juntos, sociedad y gobierno, promovemos los valores para preservar, compartir y difundir nuestras tradiciones.*

*Hoy por hoy, como Representante del Gobierno Municipal, pero sobre todo como amigo, me sumo con todos ustedes a este festejo y les invito a ser partidarios de este excepcional espectáculo, viviendo nuestras tradiciones en carne propia.*

*Nuestro Guanajuato es Patrimonio de la Humanidad, pero el mejor patrimonio que tiene Guanajuato es su gente.*

*Fiestas de San Juan y Presa de la Olla, una tradición que prospera.*

**Licenciado Edgar Castro Cerrillo**  
**Presidente Municipal**

# Las fiestas de San Juan y Presa de La Olla y la apertura.

José Eduardo Vidaurri Aréchiga

*Cronista de Guanajuato, Gto.*

Es conocido por todos el problema de escasez y de almacenamiento del agua potable en Guanajuato, mismo que se ha experimentado desde sus orígenes, derivado en gran parte, por las características orográficas de su localización.

Se infiere que el río que corría por entre la cañada que conforma nuestra singular población era el principal surtidor del vital líquido; igualmente el abasto del agua se resolvió temporalmente a partir de la construcción de norias luego de cavar profundos pozos en los márgenes del río y mediante el aprovechamiento de nacimientos de agua en los cerros circundantes. La tarea se complementó con la construcción de pozas superficiales para almacenar -durante la temporada de lluvias- el agua para el resto del año.





Algunos de los personajes más acaudalados, hacían traer el agua de los manantiales que se ubicaban en Chichíndaro y en Calderones.

La falta de agua constante y potable fue causa de severos problemas sanitarios, por referir, a manera de ejemplo, 1714 fue un año de graves dificultades por la prolongada sequía que se experimentó desde el año previo. La sed y el hambre parecían haberse apoderado de la población. La peste, los robos y el cierre de las diversas alhóndigas que entonces funcionaban en la población incrementaron más el sufrimiento de los guanajuatenses.

Don Lucio Marmolejo en sus efemérides nos refiere que, al paso en las calles, se acumulaban los muertos y los cadáveres de animales... los vivos, arrodillados, clamaban por un mendrugo de pan. El 14 de mayo de ese año llegó la lluvia que vino a mitigar el terrible ambiente.

El Ayuntamiento de Guanajuato, sabiendo del grave problema del agua y estando a poco tiempo de recibir el título de ciudad, celebró una sesión en la que se acordó enfrentar el problema y poder recibir con dignidad el título.

El proyecto consistía en construir una presa para el almacenamiento de agua potable en el predio denominado “La Olla Grande”. Fueron el regidor Alfonso García Malahebar y el alarife o maestro de obras Antonio Gordiano, quienes hicieron la visita y reconocimiento del terreno para definir la conveniencia de la obra.

El 4 de agosto se entregó el informe en el que se resaltaba la utilidad de la obra en beneficio de la población, el acuerdo fue entonces solicitar permiso al virrey Pedro Castro y Figueroa para iniciar la construcción.

La obra comenzó a realizarse en el año de 1741 y se prolongó hasta el de 1749 cuando fue formalmente concluida, sin embargo la obra resultó insuficiente para abastecer a toda la población, fundamentalmente por su lejana ubicación que imponía diseñar un sistema eficiente de acarreo del vital líquido. El problema del acarreo se resolvió parcialmente luego de más de un siglo cuando Don Marcelino Rocha del Río celebró un contrato



con el gobierno del estado que entonces era presidido por Don Lorenzo Arellano, mismo que consistió en diseñar e instalar una red de tubería que conduciría el agua desde la presa de La Olla hasta el centro de la ciudad.

Sobre la construcción de la presa de La Olla podemos abundar que, al menos la mitad de los gastos corrieron por cuenta de Don Vicente de Sardaneta y Legaspi, dueño en mayoría de la mina de San Juan de Rayas.

La Presa de La Olla comenzó a operar incluso antes de ser concluida, pues esta se llenó por primera ocasión en el año de 1747. Se sabe por referencia consignada por Lucio Marmolejo en sus efemérides, que en 1749 el calicanto de la cortina de la presa tenía una altura de unas tres o cuatro varas menos que en la actualidad y que en toda su longitud existían, distribuidas, cinco medias columnas que soportaban otras tantas estatuas de cantería, probablemente de santos.

Muy pronto el paraje y el entorno donde se localiza la presa de La Olla se convirtieron en uno de los lugares de paseo y de esparcimiento de la ciudad. Para el año de 1795 el intendente Juan Antonio de Riaño y Bárcena comenzó la construcción de un camino por el que pudieran transitar coches tirados por bestias de tiro y carga, el camino se convirtió en un verdadero paseo que conducía a los ranchos llamados “*Los Garridos*” y “*de La Olla*”.

En el año de 1777 se presentó el proyecto para construir en la cañada de Ponce y concretamente en el punto denominado “Los Pozuelos” por haber existido ahí dos pequeños posos que servían de lavaderos, la Presa del mismo nombre, misma que se ubicaría en un lugar que no representaría peligro para la población. La nueva presa vendría a garantizar entre otras cosas, el abasto de agua potable para la población y atendería de forma eficiente la creciente demanda del vital líquido.

Se dispuso igualmente que una vez que se concluyera la nueva presa se abrirían, de forma alternada una un año y la otra al siguiente, las cortinas de las mismas para garantizar su limpieza. La presa de Pozuelos fue concluida el 16 de julio de 1791.



Retomando el tema de la presa de La Olla, fue en 1849 cuando se empezó a planear la elevación de la cortina y, se inició también la construcción de la presa chica conocida como presa de San Renovato, la obra quedó formalmente concluida en abril de 1852 aunque con algunos problemas que obligaron a construir, luego de vaciarla, un robusto contra-cimiento en la parte interior.

A partir de 1877 se inició la construcción de varias presas pequeñas que tenían como función garantizar el abasto para consumo humano y para la operación industrial. Era común que se efectuaran aperturas como parte de los protocolos de mantenimiento de las Presas, primordialmente para desaterrarlas y mantener, en lo posible, la capacidad de almacenamiento de las mismas.

El caudal provocado por las aperturas limpiaba también los cauces de los ríos y arroyos arrastrando los desperdicios de todo tipo que se vertían a los mismos y los cuáles registra la historia de la ciudad, eventualmente, causaban inundaciones.

Las aperturas se efectuaban, si el temporal era bueno, una vez al año. Antes de abrir las compuertas se corría un aviso a los vecinos con el propósito de evitar accidentes y, el día señalado, los vecinos acudían con gusto y curiosidad a presenciar el atractivo espectáculo que proporciona el vertido del agua.

De acuerdo con los testimonios y estudios legados por el maestro Isauro

Rionda, en la ciudad se verificaban, además de la apertura de la Presa de La Olla, las de las presas siguientes: Pastita, Juris, Peregrina, Monte de San Nicolás, Mata, Santa Gertrudis, Zaragoza, Saucillo y Pozuelos entre otras.

De todas esas aperturas solamente sigue vigente la de la presa de La Olla, misma que tiene un carácter movable y que puede ocurrir entre junio y julio.

En el expediente que se formó en el año de 1777, con motivo de la construcción de la Presa de los Pozuelos, se expuso el riesgo que representaba la apertura de la presa de La Olla, de tal forma que podemos deducir que la celebración de la apertura es anterior, y quizá se ha celebrado, aunque con interrupciones, desde 1748 toda vez que la Presa se llenó por primera vez en 1747.

Respecto a la asociación con San Juan Bautista no existe certeza al respecto pero podemos señalar algunos aspectos notables que puede orientar y permitir que obtengamos algunas conclusiones de forma individual.

En primer lugar podemos referir que la celebración del nacimiento de Juan el Bautista, San Juan, el 24 de junio, se ocurre justo en la temporada de lluvias y, excepto en los años de sequía, es muy probable que las lluvias sean ya regulares.

En segundo término podemos considerar que el agua de lluvia es, casi siempre, agradecida y simbólicamente representa la fertilidad y la purificación a la manera del sacramento del bautismo impuesto por el propio San Juan.

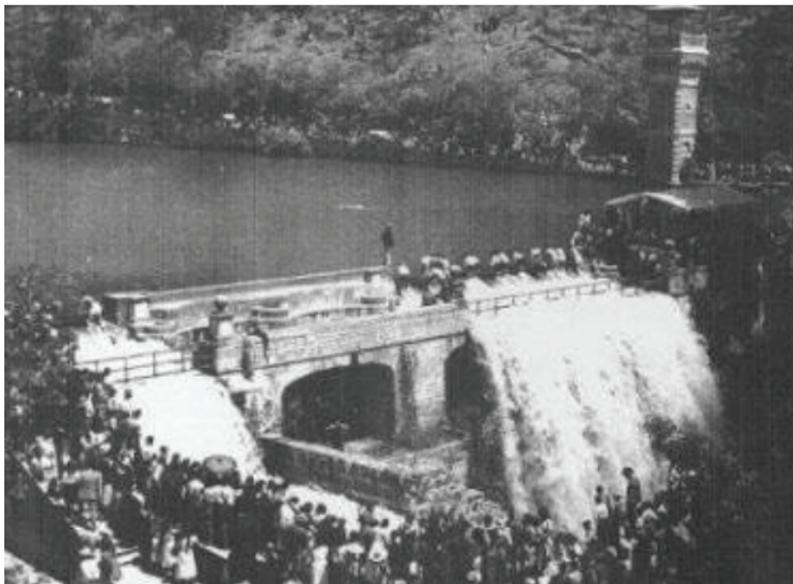
En asociación de los dos aspectos referidos, las aperturas de las presas tenían justamente ese sentido, el de limpiar el propio vaso de captación y el cauce del río de todos los elementos contaminantes acumulados durante el periodo de un año, se trata pues del acto de purificar y limpiar los mismos.

Adicionalmente. Aunque en la actualidad no lo recordamos con frecuencia, la ciudad tenía en la zona del Potrero una primitiva capilla dedicada a San Juan Bautista. El templo que hoy conocemos como San Francisco, se comenzó a construir, por iniciativa del clero secular en el año de 1741 y en realidad está dedicado, originalmente, a San Juan Bautista y vino a sustituir a la primitiva capilla.

Ese año de 1741 fue significativo para Guanajuato porque fue el mismo en que se inició la construcción de la Presa de La Olla y, también el año en que se le otorgó a la Villa la elevación al rango de Ciudad.

Uno de los principales benefactores de la construcción de la Presa de La Olla fue, como anotamos, Don Vicente de Sardaneta y Legaspi, accionista mayoritario de la mina de San Juan descubierta en 1550 por el arriero Juan de Rayas quien dispuso que la mina llevara el nombre de su santo protector, una situación que enlaza a la minería a la población con San Juan.





De hecho existía, en las proximidades de la mina de Rayas, un templo que estaba dedicado también a San Juan Bautista. Su fachada está actualmente adosada al templo de Nuestra Señora de Guadalupe de Pardo.

Era común en la época colonial que las personas dedicaran a su santo las obras producto de la fé y en agradecimieto a sus bendiciones.

El intendente Juan Antonio de Riaño, impulsó hacia 1795 las obras encaminadas al mejoramiento del acceso al paseo tradicional que los guanajuatenses hacían a la Presa de La Olla, justo el día de San Juan.

Es la fiesta de San Juan, junto con la de San Ignacio de Loyola, el 31 de julio, y las múltiples celebraciones en honor de la Virgen de Guanajuato, una de las más importantes festividades tradicionales de los guanajuatenses y forma parte de nuestro patrimonio cultural. Actualmente la fiesta mantiene su esencia, es una celebración por la lluvia, por el agua, fiesta que procura la cohesión social y promueve la convivialidad. Es la fiesta del pueblo de Guanajuato.

*Relato que nos muestra cómo eran las fiestas de San Juan y Presa de La Olla en los últimos años del siglo XIX y principios del siglo XX, cuando era gobernador del estado Joaquín Obregón González que gobernó de 1893 a 1911.*

## Apertura de la presa de la Olla

Juan José Prado Soto

En la vaga nublanza que constituye mi pasado, se destaca con briosos perfiles el recuerdo de aquellas fiestas de la Presa de la Olla, que para el guanajuatense de aquellos tiempos, eran síntesis y cifras de guanajuatismo.

Era el Paseo de la Presa, barrio residencial y veraniego, y acomodada a la prestancia de ese linaje y a los rigores de tal estación, se fueron construyendo al filo de sus avenidas preciosas residencias, algunas de ellas verdaderas mansiones plenas de boato, con frecuencia tenían jardín o en su defecto prolongados bórdales coronados de tiestos floridos. Uno de los jardines



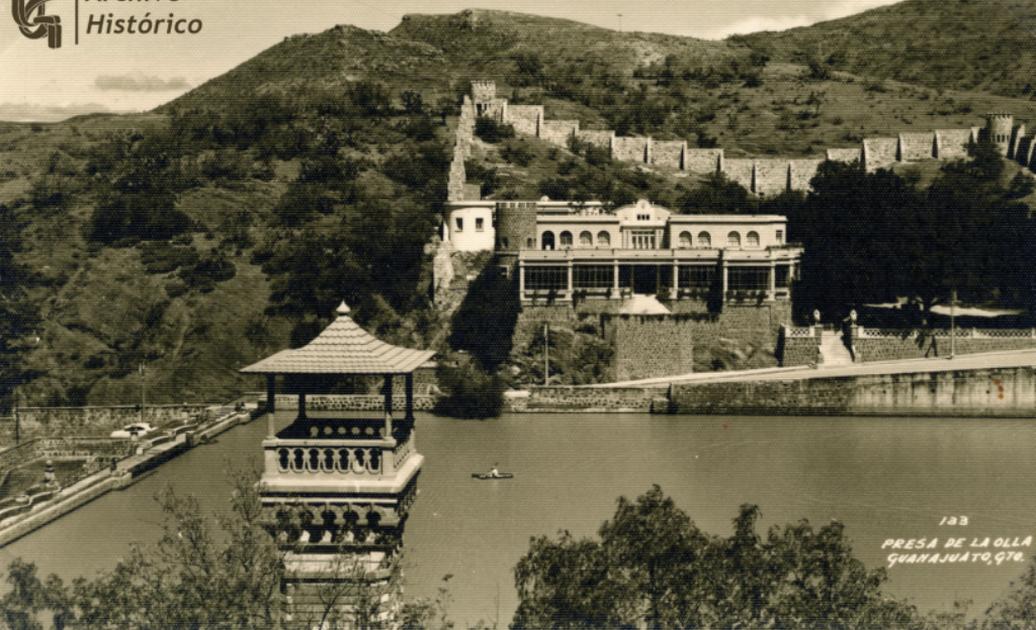
privados más hermosos era el de doña Antonia del Moral de Jiménez, pues estaba literalmente cuajado de rosas, que al decir de la tradición, se secaron a la muerte de tan insigne señora, y a fe mía que esta vez la tradición no mintió.

Enhiestas araucarias señoreaban gallardamente el paisaje, y la purpurada nota de alguna bugambilia alegraba el rico colorido de aquellos jardines, que gustoso hubiera copiado Santiago Rusiñol. En aquellos tiempos el agua no escaseaba y los jardineros eran baratos.

En la Quinta de Zaragoza, de la que era propietaria la familia Chico, resplandecían altivos paseos unos bellísimos pavos reales, que entre las frondas extendían sus joyescas colas en deslumbradores abanicos, no concordantes con sus horriblos graznidos que a distancia se escuchaban. La gente la llamaba la *“casa de los pavos”*.

En frente espejeaban las verdinegras aguas de la llamada Presa





de los Patos, que otrora diera sepultura a D. Tomás Haller, héroe de espantable drama. Esta bellísima finca perteneció en otros tiempos a D Cenobio Vázquez, y en ella estuvo la primera capilla de que disfrutó la Presa. Calle de por medio, se instalaban las acreditadas pastelerías muy decoradas de policromado papel de China.

Al iniciarse la estación veraniega, las familias pudientes iban ocupando sus casas de recreo, con gran beneplácito de los que permanentemente allí vivían. Era frecuente que en las noches de luna se hiciera la tertulia en los espaciosos y frescos corredores, y las bellas señoritas de entonces acompañadas de bandurrias y mandolinas, cantaban las canciones de entonces, sentidas y madrigaleras, que ilustraban el silencio de la noche.

En los frescos atardeceres salían aquellas bellísimas guanajuatenses

en sus sencillos trajes de percal y ceñido por el sedoso rebozo de santa María de finísimo hilo de bolita, que acentuaba la esbeltez de sus cuerpos juncales.

En aquellos paseos se trenzaban los idilios de eterno romance amoroso. Es por ello que difícilmente exista un guanajuatense que no guarde un tierno recuerdo de su juventud, conectado con este jardín, con esa banca, con aquel fresno que aún guarda en su corteza dos iniciales enlazadas.

Las fiestas duraban más de un mes, situándose infinidad de barracas desde el parque Florencio Antillón, hasta lo que son, en la actualidad, los jardines del Hotel Orozco. Bajo sus manteos había toda clase de antojitos: neverías, tamales, pollo, enchiladas; y desde lejana distancia se escuchaba el roncar de la enorme bola, que giraba haciendo rodar los números de la lotería de tablitas. Se escuchaba la estentórea voz del Peche Rocha que iba enumerando las cartas, que en prolífico parto iba sacando la ingrátida bola: -“*El que pica con la cola*”, “*D. Ferruco en la Alameda*”, “*La Víbora*”, “*El Ciprés*”, “*El Enano*”, “*La Severiana*”, “*El que le cantó a San Pedro*”. Los jugadores iban anotando con granos de maíz las cartas premiadas. De pronto se escuchaba un jubiloso grito: ¡Lotería!...

El ganancioso había tenido que apurar la imaginación para traducir los enigmáticos anunciados. Un auxiliar confrontaba las cartas anotadas en línea recta horizontal o vertical, con las que se habían sustraído de la bola. El Peche gritaba: - Fue buena y se la llevó... A las diez de la mañana cruzaba la ciudad un tranvía especial en el que iban las cantadoras. Entre ellas destacaba una denominada “*La Tambora*”, por la abundosa opulencia de sus carnes morenas. Era oriunda, claro está, de Guadalajara. Cantaban “*Las Lindas mariposas del Amor*”, “*Las Coplas de Ponciano*”, etc.

¡Oh felicidad!... en aquellos tiempos no existían ni sinfonolas ni altoparlantes. La Rueda de la Fortuna giraba, los Tíos Vivos, o Caballitos de Vapor, como entonces se les llamaba, hacían las delicias de la chiquillería. Viejas acucilladas sacudían en “*allegro vivace*” el cubilete, invitando a los paseantes a los carcamanes, y

en la casa de D. Enrique Langenscheidt se instalaba la Partida, donde los señorones jugaban cuantiosas fortunas, perdiendo grandes sumas con la sonrisa en los labios. Pero pocas fiestas ofrecían mayores atractivos que las peleas de gallos, cuya plaza se instalaba en los jardines de lo que en la actualidad es residencia del señor Ignacio de la Garma y que entonces lo era de la familia del Lic. Manuel Villaseñor. Más tarde la Plaza de Gallos se instaló en la cola de la Presa a la entrada del Tepozán.

La víspera de San Juan, recorrían las calles infinidad de gallos, monopolizando las orquestas de la Compañía y de los Arcos la “jeunesse doré”, los fifies de entonces iban en magníficos caballos, luciendo esplendentes trajes de charro chispeantes de oro y plata. Desde temprano subían a la Presa, por el Campanero, lujosos carruajes tirados por finos troncos. La gente del pueblo vestía con chillantes sedas y los varones, me refiero a los mineros, calzón blanquísimo, su patío bordado, huarache y sarape solferino al hombro, y aquel sombrero cónico tan mexicano, hoy infelizmente trocado por una imitación de sombrero vaquero tejano. Los cerros se cubrían literalmente de casitas de campaña de lona o de sarapes prendidos a los casahuates, y de esas casitas fluían sonos de guitarras y notas de la linda canción mexicana, aún no prostituida por sinfonolas detestables. Cantaban el heroísmo del padre Jarauta, de Lino Zamora, de Valentín Mancera.

Por la tarde traían a menudo en “camillas”, con adaptación de correas para asegurar al ocupante, que con frecuencia eran señoras borrachas. Se cubría la camilla con gruesa lona, que impedía el espectáculo y velaba las voces que proferían gruesos baldones de la ocupante. Cleopatra en su litera.

A las doce en punto, D. Joaquín era muy puntual, se abrían las compuertas a los melodiosos sonos del vals “Sobre las Olas”, y caían cataratas desbordadas de agua espumosa y rojiza. Algunos audaces se arrojaban a nadar contraviniendo las disposiciones municipales y a sabiendas de que al salir serían aprehendidos y remitidos “*sin novedad*”.

En infinidad de ocasiones venía la “aguafiestas”, una nube negra que asomaba por el cerro de La Bolita, y en lo mejor del festejo descargaba la tempestad toda su furia, pero eso constituía –al decir de algunos- uno de los atractivos de la fiesta. “El Chiste” –según ellos- era echar a perder el atuendo de sus ropas. Para eso se hacía el dinero y para ver a las galereñas con los castores lentejuelados o con las sedas solferinas o amarillas, arrastrando los rebozos y levantando la enlodada falda, que en su humedad “fementida” modelaba sus formas.

Aquello pasó. Hoy las fiestas se organizan, se estilizan comités y se eligen reinas. Ya no hay quien eche “patitos” a la Presa con pesos, pero la alegría es la misma. Los métodos han cambiado. Hoy los camiones van plétóricos, y las cascadas arrolladoras entusiasman a las multitudes, y el vals “Sobre las Olas” hierve en la sangre guanajuatense, que hoy como antaño se alegra entre músicas y tormentas.

\* Tomado de: “Leyendas y tradiciones guanajuatenses” 1964.  
27ª Edición. Editorial Prado Hermanos. León, Gto.



## El solsticio de verano y su simbolismo

La fiesta de San Juan Bautista es particular dentro del calendario de los santos porque celebra, a diferencia del resto del santoral, su nacimiento a la vida del mundo que ocurrió un 24 de junio, y no la fecha de su muerte o nacimiento a la vida eterna que aconteció un 29 de agosto.

La celebración de San Juan es una de las más antiguas del cristianismo, tan antigua o poco menos que la del nacimiento de Jesús, ambas según los hagiógrafos datan del siglo III o IV.





La celebración coincide y se fusiona con el solsticio de verano a partir del cual los días son más cortos y el sol luce menos tiempo.

En la antigua Roma el emperador Marco Aurelio Heliogábalo introdujo el uso de las hogueras como ofrendas dedicadas al Dios Sol con el propósito de ayudar al astro-dios en un momento difícil de su existencia ya que marca el inicio de su declive, a diferencia del solsticio de invierno o del “sol invictus” (25 de diciembre) que marca el día del nacimiento del Sol y a partir del cual los días son más largos.

El solsticio de verano representa también el momento intermedio entre la siembra y la recolección, la garantía del crecimiento de cosechas y ganados que definen la subsistencia de las sociedades; La fiesta de la lluvia, que como Juan el bautista la utilizó a través de un rito de purificación con el agua que limpia, sana y purifica.



**2015-2018**

Lic. Edgar Castro Cerrillo  
**Presidente Municipal**

**Síndicos:**

Lic. Ramón Izaguirre Ojeda  
Lic. Marco Antonio Carrillo Contreras

**Regidores:**

Lic. Gabino Carbajo Zuñiga  
Mtra. Ana Gabriela Cárdenas Vázquez  
Lic. Adrian Camacho Trejo Luna  
Lic. Iovana de los Ángeles Rocha Cano  
Lic. Luis Guillermo Torres Saucedo  
Arq. Samantha Smith Gutiérrez  
Ing. Juan Carlos Delgado Zárate  
C.P. Julio Ortíz Vázquez  
C. Rubí Suárez Araujo  
Sra. Silvia Rocha Miranda  
Ing. Carlos Enrique Ortíz Montaña  
Dr. Jaime Emilio Arellano Roig

Dr. Carlos Torres Ramírez  
**Secretario del H. Ayuntamiento**

Maricela Guzmán García  
**Directora Municipal de Cultura y Educación**

Dr. José Eduardo Vidaurri Aréchiga  
**Cronista de la Ciudad**